

**¿QUIÉN EDUCA?. FRACASO ESCOLAR Y RESPONSABILIDADES
COMPARTIDAS
ALGUNAS NOTAS PARA EL DEBATE SOBRE EDUCACIÓN Y ENTORNO**

Joan Subirats
Instituto de Gobierno y Políticas Públicas
Universidad Autónoma de Barcelona

Introducción

Estamos en tiempos de mudanza. Y la educación acostumbra a situarse en el propio centro de las tensiones que todo proceso de cambio social conlleva. Son muchos los elementos que propician esa nueva centralidad educativa en la agenda pública. Estamos viviendo cambios muy profundos en los aspectos fundamentales que asentaron la sociedad industrial avanzada del siglo XX. No resulta fácil mirar a nuestro alrededor sin constatar que nuestros habituales instrumentos de análisis y reflexión se nos han ido quedando obsoletos. Más que atravesar una época de cambios, estamos viviendo un cambio de época. Y ello pone patas arriba los distintos modelos de sociedad con los que hemos ido operando y el papel que en ellos jugaba la educación. No es extraño que las tensiones y conflictos aparezcan con profusión en escuelas e institutos, ya que se refleja en ellos las inseguridades y los miedos ante la nueva realidad. Pero el debate se ha trasladado también a los espacios públicos, y se discute a escala local de civismo, de convivencia. Y también en ese contexto de comunidad, de barrio o de ciudad, los temas de educación aparecen mezclados con los temas de ciudadanía. No es ajeno a todo ello, la significativa presencia de colectivos de personas recién llegadas, que transportan con ellas hábitos, pautas de interacción, costumbres sobre usos de espacios públicos, y maneras y tiempos de divertirse o practicar su religión que chocan con aquello que de una manera u otra se considera "lo correcto", el "mainstream" asentado año a año en nuestras sociedades.

Vuelve pues a tener pleno sentido preguntarse, ¿qué educación para qué concepción de sociedad?. ¿Cómo relacionamos educación y entorno?. ¿Qué importancia tiene el entorno en las perspectivas de éxito o fracaso escolar?. ¿Puede la escuela sola abordar la complejidad de tareas que se le reclaman?.

Tradicionalmente se ha considerado que los tres grandes ámbitos de socialización eran la familia, la escuela y el trabajo. En estos momentos, los impactos de la nueva situación son muy perceptibles en las esferas productiva, social y familiar, y no nos debe extrañar que ello afecte en mayor o menor medida a la educación en su conjunto y a las pautas de convivencia y de interacción social.

Desde el punto de vista productivo, el impacto de los grandes cambios tecnológicos ha modificado totalmente las coordenadas del industrialismo. Se han ido superando las estructuras "fordistas". Palabras como flexibilización, adaptabilidad o movilidad han reemplazado a especialización, estabilidad o continuidad. Lo que está en juego es la propia concepción del trabajo como elemento estructurante de la vida, de la inserción y del conjunto de relaciones sociales. Y, en este sentido, las consecuencias más inmediatas de esa reconsideración del trabajo y de las estructuras productivas del industrialismo, son múltiples e impactan en muchas direcciones. Para sectores relevantes de la sociedad, el cambio económico puede haber generado un abanico de nuevas oportunidades impensable en periodos anteriores. Pero no podemos obviar que todo cambio económico, inscrito en la lógica del capitalismo, genera perdedores históricos. En este caso, perdedores empujados hacia procesos de exclusión, plasmados en nuevas realidades conectadas a la esfera

laboral: desempleo juvenil de nuevo tipo, estructural y adulto de larga duración; trabajos de baja calidad sin vertiente formativa; y empleos de salario muy bajo y sin cobertura por convenio colectivo.

Por otro lado, la sociedad industrial nos había acostumbrado asimismo a estructuras sociales relativamente estables y previsibles. Hemos asistido a la rápida conversión de una sociedad estratificada, de una sociedad fundamentada en una división clasista notablemente estable (y por tanto, a su modo, ordenada), a una realidad social (desordenada) en la que encontramos una significativa multiplicidad de los ejes de desigualdad. Frente a la anterior estructura social de grandes agregados y de importantes continuidades, tenemos hoy un mosaico cada vez más fragmentado de situaciones de pobreza, de riqueza, de fracaso y de éxito. Y ello genera una proliferación de riesgos y de interrogantes que provoca fenómenos de búsqueda de certezas en la segmentación social y territorial. Los que pueden buscar espacios territoriales o institucionales en los que encontrarse seguros con los "suyos", cerrando las puertas a los "otros".

¿Qué sociedad nos va apareciendo?. Cabe destacar, en primer lugar, la transición hacia una estructura social mucho más compleja y, como decíamos, fragmentada. Con mayores cotas de diversificación étnica, con gran alteración de la pirámide de edades (con los subsiguientes incrementos de las tasas de dependencia demográfica), y con una gran pluralidad de formas de convivencia familiar. La incorporación de las mujeres al mundo laboral aumenta sin cesar, a pesar de las evidentes discriminaciones que se mantienen. Pero, al lado de lo muy positivos que resultan esos cambios para devolver a las mujeres toda su dignidad personal, lo cierto es que los roles en el seno del hogar apenas si se han modificado. Crecen las tensiones por la doble jornada laboral de las mujeres, se incrementan las tensiones y conflictos y aumentan también las familias en las que sólo la mujer cuida de los hijos. Y, con todo ello, se provocan nuevas inestabilidades sociales, nuevos filones de exclusión, en los que la variable género resulta determinante. Mientras que, por otro lado, siguen sin obtener una valoración adecuada trabajos socialmente imprescindibles, como los relacionados con el cuidado, el cariño, que se consideran como elementos propios del "amor familiar" o del trabajo informal, poco o mal retribuido. Muchos análisis atribuyen mejores o peores resultados a la presencia en el hogar de adultos formados, y en cambio, sabemos de las grandes deficiencias y de la tradicional marginalización con que se ha abordado en España la educación de adultos.

En ese nuevo contexto, las políticas públicas que fueron concretando la filosofía del estado del bienestar, se han ido volviendo menos operativas, menos capaces de incorporar las nuevas demandas, las nuevas sensibilidades, o tienen una posición débil ante nuevos problemas. Las políticas de bienestar se construyeron desde lógicas de respuesta a demandas que se presumían homogéneas y diferenciadas, y se gestionaron de manera rígida y burocrática. Mientras hoy tenemos un escenario en el que las demandas, por las razones apuntadas más arriba, son cada vez más heterogéneas, pero al mismo tiempo llenas de multiplicidad en su forma de presentarse, y sólo pueden ser abordadas desde lógicas políticas de nueva ciudadanía, desde una mayor proximidad y con formas de gestión flexibles y desburocratizadas.

Desde luego, la fragmentación de la sociedad, el impacto sobre la esfera laboral de la economía postindustrial y los déficit de inclusividad de las políticas clásicas de bienestar no operan de forma aislada entre sí. Se interrelacionan y, a menudo, se potencian mutuamente. De hecho, las dinámicas de exclusión social se desarrollan al calor de estas interrelaciones. Ciertos colectivos inmigrantes, por ejemplo, no sólo ocupan las posiciones más marginales en la división étnica del trabajo, padecen también obstáculos de acceso a los sistemas de protección social, y son

muy vulnerables a la discriminación en el mercado de la vivienda. Sectores de población dependiente, de edad avanzada, quedan con facilidad excluidos de unos servicios sociales con tasas muy bajas de cobertura. O bien comunidades que habitan barrios periféricos segregados sufren con mayor intensidad el desempleo de larga duración, la inserción laboral en precario o el fracaso escolar. En definitiva, se plasma en la realidad el carácter multifactorial y multidimensional de la exclusión y de las erosiones a una concepción de la ciudadanía que se nos ha ido quedando obsoleta por formal y desfasada.

Podríamos afirmar que, al faltar un sentido colectivo de proyecto compartido desde el punto de vista social, y al insistirse desde posiciones neoconservadoras que lo importante es aprovechar las oportunidades que existen, y que la desigualdad no tiene bases sociales, sino que depende del esfuerzo que cada uno despliegue, ello se traslade a las familias como un "sálvese el que pueda". La educación aparece entonces como garantía de mejores oportunidades individuales reforzándose el potencial segmentador e inequitativo que la educación siempre ha tenido.

La política educativa aumenta por tanto su visibilidad y aumenta la presión social a la que están sometidos los diferentes agentes educativos, al convertirse, como ya hemos avanzado, en un elemento central de la capacidad individual y colectiva para afrontar las dinámicas aceleradas de cambios en las esferas productiva, social y familiar. Pero, como decíamos antes, ¿pueden asumir la escuela y los diversos colectivos profesionales vinculados directamente con los itinerarios formativos el gran alud de demandas que se les dirigen desde la sociedad?. ¿Pueden hacerlo solos?. Hace tiempo que estas preguntas van dando vueltas y se van planteando de modo directa o indirecta en muchas de las reflexiones y de las desazones que rodean a nuestro entorno educativo.

La educación ha visto pues extender su influencia mucho más allá de lo que era habitual, pero eso implica, por una parte el emprender el camino hacia eso que se ha ido llamando la "sociedad del conocimiento", en la que todos los aspectos vitales y las actividades sociales tienen componentes formativos y acaban generando conocimiento (con las consecuencias que eso tiene en el generar la sensación de que cualquier aspecto vital puede ser objeto de aprendizaje formal y de superación de previas incompetencias). Y por otra parte, la idea que ya que toda carencia personal o social acaba teniendo alguna conexión u otra con una real o potencial actividad formativa, todo acaba siendo "culpa" de la educación, que acaba así convirtiéndose en una gran contenedor en lo que verter todo cuanto no acaba de funcionar.

Quisiéramos reivindicar aquí una concepción de la educación más vinculada a su concepción de servicio público, conectando educación con el conjunto de servicios y políticas que buscan la mejora de las condiciones de vida de la ciudadanía y el reforzamiento de su papel activo en la renovación democrática y participativa de las políticas de bienestar tradicionales. Y por tanto con una visión del trabajo educativo más vinculada al trabajo en red, a la colaboración entre profesionales de diversos servicios, a la conexión con el entorno de los centros educativos, a la implicación ciudadana en una educación "de la cuna a la tumba", un esfuerzo colectivo ante problemas de carácter integral que necesitan también respuestas integrales.

Todos educamos, y lo hacemos más con nuestro "ruido" (con nuestra actitud, con nuestros actos), que con nuestras palabras. El debate aquí planteado debería poder implicar al conjunto de la ciudadanía en la "cuestión educativa", yendo más allá de lo que es la comunidad educativa en sentido estricto, y planteando por tanto los debates nucleares que vinculan educación y comunidad, educación y sociedad, educación y ciudadanía.

Las dinámicas comunitarias y el papel del entorno escolar

Es importante, por tanto, preguntarnos en que espacio transcurre la experiencia educativa, en su sentido más complejo y múltiple. Muchos estudios y trabajos recientes que tratan de entender las nuevas dinámicas, indican la importancia de los tejidos sociales, de las redes de interacción colectiva, de todas aquellas tradiciones y experiencias que hacen crecer el sentido de responsabilidad colectiva sobre los espacios y los problemas colectivos. Se habla de "capital social" para referirse a este conjunto de vínculos, de entidades, de nexos entre personas y grupos que en un territorio determinado generan relaciones de reciprocidad, de confianza, de implicación colectiva sobre los espacios públicos y sobre los problemas que genera la convivencia. Nuestra hipótesis ha sido que aquellas comunidades que cuenten y aprovechen mejor esta base social, o que sepan generar mecanismos para hacerla aflorar y consolidar, serán las comunidades mejor preparadas para afrontar colectivamente su futuro. Así es como la comunidad, o dicho de otra manera, esta multitud de personas, grupos y entidades que afrontan conjuntamente un problema o situación, resulta central en nuestra perspectiva.

Pero, todo ello pasa en un contexto territorial determinado. ¿Qué es la comunidad local?. La comunidad local es un conglomerado de personas y grupos, que interactúan. Un conglomerado de personas y grupos que dependen unos de los otros en mayor o menor medida. Y que también en mayor o menor medida mantienen relaciones de fuerte continuidad en esas relaciones. Cada vez más existe la convicción que para gozar de una convivencia cívica satisfactoria, no se trata tanto de contar con una autoridad fuerte y soberana, como que todo el mundo se sienta corresponsable de lo que acontece en la comunidad. Cada cual desde sus disponibilidades y recursos, y sin que ello quiera decir difuminar las específicas responsabilidades de cada actor. Interdependencia, continuidad y falta de autoridad soberana capaz de decidir por todos en cada momento, son características que se acostumbran a usarse para definir una red. Una red de actores que en el ámbito local acaban siendo responsables de una u otra manera, por acción u omisión de las dinámicas locales que se van produciendo.

Ello quiere decir dar significación y buscar la fuerza en el territorio, en la visión conjunta que se pueda construir sobre el futuro de la comunidad local, en el tipo de calidad de vida a impulsar colectivamente, en el modelo de desarrollo que se pacta, y en las corresponsabilidades que se generan sobre el espacio público local.

En este sentido es muy importante encontrar la manera de construir entre todos una comunidad local, una ciudad "inclusiva", que permita trabajar, descansar, divertirse, con capacidad para afrontar y encontrar salidas a las contradicciones que plantea vivir en común, y hacerlo sin encapsular los espacios urbanos, sin provocar segmentaciones territoriales, de usos y de gentes. El futuro (y el presente) nos muestra tendencias que van hacia la gestión de los conflictos de las comunidades locales sobre la base de separar, de excluir o de marginar problemas, personas y colectivos. Si apostamos por comunidades locales que consigan cohesión social, tenemos que trabajar por espacios públicos marcados por las diversidades de usos, por la aceptación de las diferencias en los estilos de vida. Muchas de las políticas locales pueden contribuir a hacer "ciudades y" (que permiten multiplicidad de usos y gentes), o pueden, por acción u omisión, hacer "ciudades ni" (que marginan, excluyen) o "ciudades o" (que separan, permiten diversidades sobre la base de la segmentación territorial y social).

Los proyectos de ciudad, las visiones de futuro de las comunidades locales deberán ir articulándose y haciendo más consistentes las estrategias educativas,

medioambientales, territoriales, de desarrollo económico, y de cohesión social. El reto cada vez más presente es trabajar desde una visión global, explicitando valores y sabiendo articular intereses y planteamientos sectoriales. Y ello no es sólo una perspectiva estratégica deseable. Es más bien una exigencia que surge de cada política sectorial, que encuentra dificultades en poder abordar los problemas específicos desde perspectivas estrictamente especializadas. Y, como ya hemos comentado, éste es también uno de los peligros que corre el ámbito educativo, el de cerrarse en la escuela como espacio voluntariamente ajeno a las dinámicas de cambio del exterior. Es en este contexto de proximidad en el que podemos imaginar respuestas a los déficits y a los retos antes mencionados.

En España como en otros países europeos, la educación atraviesa un periodo de fuertes tensiones:

- sobre, por una parte, el papel reequilibrador que tradicionalmente se ha otorgado a la educación (con iniciativas que tienden a hablar sólo de esfuerzo individual y de resultados)
- sobre la tendencia en utilizar las diferentes condiciones de acceso y de permanencia en las estructuras educativas como vías para segmentar socialmente, y proveer de base de maniobra a la alta coyunturalidad y baja calidad de muchos puestos de trabajo (con itinerarios, explícitos o implícitos, que ya definen el futuro de los marginados o subalternos desde muy jóvenes);
- sobre la tendencia en imponer ciertos modelos culturales de referencia como los únicos pretendidamente válidos en el contexto liberal-democrático (y señalando los riesgos de aceptar o tolerar opciones culturales que son radicalmente incompatibles con lo que se entiende como nuestro común denominador, "nuestra manera de ser");
- sobre la marginalización de las opciones educativas públicas, y por tanto su progresiva consideración como opción residual para los que carezcan de más opciones (la escuela pública como garantía social "para los que no pueden seguir");
- sobre la reducción de los espacios de maniobra y de autonomía de los profesionales, a cambio del mantenimiento de sus prerrogativas estatutarias (desprofesionalizando de hecho, o equiparando profesión a funcionarización);
- sobre la desmovilización de la comunidad educativa para situar las relaciones más en la línea proveedores-usuarios (desmovilizando o formalizando los espacios participativos clásicos);
- sobre los usos del espacio educativo en sentido amplio (pre y postescolar) (cada vez más imprescindible dada la precarización laboral y la no sintonía tiempos educativos-tiempos laborales) como nueva palanca de segmentación (dejando el tiempo libre posteducativo como una opción o alternativa para quienes tienen recursos, o situándolo en el voluntarismo de los gobiernos locales)

En torno a todos estos dilemas es sobre los que probablemente girará el debate y la participación de los diferentes agentes educativos en los próximos años en el país. Muchos de estos dilemas difícilmente pueden plantearse y resolverse sólo en el seno de la comunidad educativa en sentido estricto, y obligan a planteamientos más transversales.

Los grandes espacios donde se jugará la deriva ideológica del sector educativo serán, en el seno de las instituciones educativas, en el ámbito profesional, y en la

escuela como espacio público. Es aquí donde más decisivamente se pueden dar las alianzas en favor o en contra de determinadas derivas. El aislamiento de las escuelas y de los diferentes sectores, la atomización de las relaciones profesionales-usuarios, la competencia entre centros sólo basada en la capacidad de satisfacer demandas de los usuarios, la jurificación de los conflictos,..., todos estos factores sólo servirán para hacer que el debate sobre el futuro de la educación en nuestro país no entre en la esfera pública y colectiva de debate.

El reto es situar el debate sobre el futuro de la educación en el seno del debate sobre el futuro de la sociedad. Y para hacerlo es preciso ante todo situarse en el espacio territorial más próximo a los centros, y examinar las experiencias existentes que nos muestren maneras de abordar estos problemas rehuyendo el aislamiento y el cierre "profesionalista" y abriendo y participando en dinámicas más transversales e integrales, interaccionando escuela y otros agentes y servicios presentes en cada territorio .

Lo que importa es ir poniendo de relieve y potenciando experiencias que, incorporando siempre a la escuela o al centro educativo, se planteen hacer frente a las complejidades de la nueva realidad social del país, desde una perspectiva:

- territorialmente próxima e integrada
- profesionalmente plural
- socialmente transformadora
- con aceptación de la heterogeneidad y diversidad
- y políticamente dirigida hacia una mayor inclusividad social

De este modo podremos ir viendo hasta qué punto es cierta o no nuestra presunción de que si bien la educación es central en los itinerarios de respuesta a las crecientes situaciones y peligros de riesgo y exclusión, también es cierto que no es posible hacer frente sólo desde las escuelas y los centros educativos a estos retos. Y que es preciso por tanto encontrar (mostrar y aprender) maneras col.lectivas y comunitarias, plurales y participativas, de dar respuesta a las nuevas exigencias.